

## Shi Huangdi, el primer emperador

Bajo Zheng, el reino de Qin sentó las bases del Imperio chino en el siglo III a.C. La fabulosa tumba de su fundador, custodiada por los guerreros de Xi'an, sigue ocultando su tesoro milenario

La aparición del primer Imperio de China vino precedida por un tiempo en que los diversos Estados se dedicaron a hacerse la guerra unos a otros, hasta el punto de que el período se conoce como el de los Reinos Combatientes. Sin embargo, en medio de esta universal batalla de todos contra todos, se fueron sembrando la semillas de una revolución que iba a culminar en la creación de los primeros Estados centralizados y, después, de la primera formación imperial, aproximadamente entre 481 y 221 a.C.

Esta revolución política no se comprende sin una previa transformación de las condiciones de vida de las poblaciones. En estos siglos se produce un crecimiento demográfico, que a su vez desencadena un proceso de conquista de tierras cultivables para aumentar la disponibilidad de alimentos, lo que permite la irrupción de los excedentes en el mercado y, con ello, el desarrollo de la artesanía y la expansión de los intercambios, que impulsan la circulación de la moneda metálica.

### Nueva élite

El paso siguiente es la diversificación social, que acaba con la vieja comunidad regida por las familias aristocráticas tradicionales y la aparición de nuevos grupos, especialmente de labradores, pero también de menestrales y de mercaderes. Los campesinos, por su parte, han sido los protagonistas de las rotaciones, de la puesta en explotación de las nuevas tierras de labor, donde se instalan lejos del control de sus viejos señores y donde se constituyen como una clase dinámica liberada de las ataduras del pasado y capaz de insertarse en el naciente Estado centralizado.

Teorizada por una serie de juristas, la revolución estatal se basa en el encumbramiento de un príncipe guerrero que pueda reunir los medios humanos y financieros necesarios para defender el territorio y, más allá, para imponer su hegemonía sobre los restantes reinos. Su dominio habría de basarse sobre los nuevos campesinos libres, cuyas comu-

nidades se constituirían también como las unidades del reclutamiento militar. El sistema de gobierno se basaría en la ley, es decir, en una norma objetiva impartida desde las instituciones oficiales servidas por un cuerpo de funcionarios civiles y militares y que debían cuidar de la recta implantación de un sistema de recompensas y castigos y articular una escala de honores establecida según los servicios prestados al soberano. Esta normativización iba acompañada de una obra de racionalización, que abarcaba desde una ordenada división administrativa territorial hasta la implantación de un sistema uniforme de pesos y medidas, pasando por la erradicación de todos los derechos y las costumbres particulares.



Esta revolución estatal tuvo como corolario una profunda renovación del arte de la guerra. Las típicas batallas de los Reinos Combatientes resueltas a base del enfrentamiento de poderosos carros tirados por caballos fueron paulatinamente sustituidas por las acciones de ejércitos más complejos que, sin renunciar a los carros, incorporaron numerosos contingentes de soldados de infantería y caballería, armados de espadas y de ballestas, todavía en su mayoría de bronce, aunque con el concurso también de las primeras armas de hierro. Los ejércitos así concebidos aumentaron su número, hasta poner en línea de batalla a decenas de millares de hombres. La guerra de los Reinos Combatientes entró en una nueva etapa que condujo al triunfo de uno de ellos, el que supo incorporar antes las novedades.

El Estado más avanzado en la experimentación de este sistema político y militar fue el reino de Qin, situado a orillas del río Wei, en la región de Shanxi, al oeste del gran recodo del río Amarillo (el Hoanghe), un territorio periférico, alejado de las grandes ciudades de las llanuras centrales, que se había hecho acreedor de una proverbial fama de rudeza y belicosidad. A pesar de estos rasgos atrasados, desde la fecha aproximada de 360 a.C., y muy posiblemente bajo la égida de un gobernante excepcional, Shang Yang, el reino de Qin había dado pruebas de su precocidad en la adopción de estas novedades y de la firmeza de su voluntad hegemónica respecto de los reinos vecinos, convirtiéndose en símbolo de esta nueva actitud el traslado de la capital a Xianyang, situada al noroeste de la actual –y ahora bien conocida– ciudad de Xi'an.

### Victoria sobre los nómadas

Los primeros éxitos del reino de Qin fueron la victoria sobre los reinos nómadas del norte, la ocupación de la llanura de Chengdu y la penetración en las áreas montañosas del Sichuan oriental. Éxitos que fueron seguidos por la expansión hasta el Hubei y los ataques dirigidos



Guerreros custodiando la tumba del emperador Shi Huangdi en Xi'an. En la página opuesta, sirvienta de terracota, procedente del mismo enterramiento. Ambas imágenes son cortesía de Editorial Lunwerk y la Fundación Canal.

contra los reinos rivales de Han, Wei y Zhao, al este de su propio territorio. Sin embargo, todas estas empresas sólo sirven de soporte para la obra definitiva de Zheng (259 a 210 a.C.), el príncipe que ocupó el trono del reino de Qin en 247 a.C. y que en diez años de guerras continuas fue capaz de destruir todos los reinos rivales: Han (230), Zhao (228), Wei (225), Chu (223), Yan (222) y Qi (221), poniendo fin a la época de los Reinos Combatientes. Esta forzada unificación de China fue el preludio a su proclamación como soberano augusto (*huangdi*), título que hará fortuna en la Historia china y que le valdrá ser conocido a partir de entonces como Shi Huangdi, es decir, como el primer Emperador.

Shi Huangdi, guiado por su principal consejero, el letrado Li Si, emprende ahora un vasto programa de reorganización administrativa y militar del Imperio.

Por un lado, promueve las obras públicas, creando una red de caminos y un sistema de canales de riego. Por otro, procura la uniformización de todos los ámbitos de la vida del reino, imponiendo tanto una sola forma de escritura como una única moneda de cobre circular y horadada en el centro.

### La Gran Muralla

Finalmente, la división del territorio en una serie de distritos militares (que pasarán de 36 a 48 a lo largo de su reinado) obedece a las necesidades de su política de expansión militar. La reunión de los territorios de los reinos bajo su sola autoridad no significó más que un paso en la actividad bélica del primer Emperador. Si la conquista de los reinos había traído la destrucción de sus muros defensivos, en cambio se inicia ahora la tradición de proteger el espacio chino con una gran muralla en la fron-

tera norte. Pero, sobre todo, su poderoso ejército, una inmensa máquina militar compuesta por mil carros, diez mil caballos y un millón de hombres de armas extienden a sangre y fuego la autoridad de Shi Huangdi en todas direcciones, desde el Gansu hasta Corea y desde Fujian hasta el norte de Vietnam. Para completar el dominio, las regiones más lejanas de la China meridional y de Vietnam son pobladas con deportados y controladas con guarniciones militares establecidas en Panyu (la actual Cantón), Guilin (en la provincia del Guangxi), Fuzhou (en la provincia del Fujian) y Xiang (la actual Hanoi). El primer Emperador, orgulloso de su obra de consolidación estatal, que implicaba una labor de racionalización y de uniformización, erige una estela con la siguiente inscripción: "Yo he aportado el orden a la multitud de los seres y he puesto a prueba las acciones y las realidades:



Shi Huangdi ordenó la construcción de la **Gran Muralla**. La que se conserva hoy es del siglo XVI, pero sigue el trazado de la original, fabricada de adobe.

cada cosa tiene el nombre que le conviene”.

Sin embargo, pese a estas arrogantes palabras, el gobierno de Shi Huangdi degenera en una insoportable tiranía. Celoso de su omnímodo poder, el

autócrata acalla toda disidencia a través de un sistema penal de extrema severidad, de la deportación en masa de la antigua nobleza —obligada a vivir en las inmediaciones de la capital—, de la represión de los críticos —que culmina con

## TIMO A GALERÍAS PRECIADOS

En 1981, varios grandes almacenes europeos ofrecieron una exposición itinerante con algunos de los guerreros de Xi'an. En febrero, se mostraron en las galerías Printemps, de París; en abril, se presentaron en Londres, y en noviembre, en Jorba Preciados, de Barcelona, sin que nada hiciera presagiar el escándalo que se preparaba cuando las figuras llegaron, el 24 de noviembre, a Galerías Preciados de Madrid, en cuya séptima planta compartían protagonismo con un inmenso despliegue de artículos chinos en venta.

Tres días después, la embajada china en Madrid señalaba que “los verdaderos guerreros de la tumba de Shi Huangdi no han salido de nuestro país”. Los representantes de Galerías aseguraron que la empresa había contratado las figuras auténticas,

certificadas por el Comité Arqueológico de Pekín, pero que iba a proceder a pruebas de carbono 14 y termoluminiscencia para dictaminar su autenticidad. El 9 de diciembre un grupo de arqueólogos alemanes y chinos declaró en Colonia que las esculturas expuestas en Madrid eran falsas. Dos días después, Galerías Preciados publicó un comunicado donde se reconocía la falsedad de los guerreros, “por haber sido víctima de una manipulación”.

Recientemente, en las larguísimas colas que hubo en Madrid para ver la muestra sobre los guerreros de Xi'an en el Canal de Isabel II, algunos visitantes presumían de que ellos, sin tanto ruido, ya habían visto a los guerreros hacía más de veinte años.

JUAN JIMÉNEZ MANCHA

la ejecución de 400 personas en Xianyang— y de la prohibición de todo pensamiento libre, una política que tiene su máxima expresión en la famosa destrucción de libros de 213 a.C., en que sólo se salvan de las llamas las obras dedicadas a la agricultura, la medicina y la adivinación. A todo ello hay que añadir los enormes costos de su política belicista, de la erección de la Gran Muralla, de la edificación de su suntuoso palacio en la capital y de las obras acometidas durante treinta y ocho años para levantar la inmensa ciudad funeraria donde había de transcurrir su existencia ultraterrena.

### Una Corte espectral

A este respecto, uno de los más espectaculares descubrimientos arqueológicos de los últimos tiempos ha sido la localización, a unos 30 kilómetros de la ciudad de Xi'an, de las fosas de la ciudad subterránea que, en torno al mausoleo del primer emperador, debía constituir para toda la eternidad la réplica del lugar donde se había desarrollado su vida mortal. Las fosas excavadas han puesto al descubierto un tesoro de carrozas y caballos de bronce, de cascos y armaduras de piedra, pero sobre todo una Corte espectral donde conviven príncipes y princesas, funcionarios civiles, acróbatas y, sobre todo, los oficiales y soldados de una guardia imperial de terracota.

Porque, en efecto, lo que más asombro causa es la contemplación de la sima donde ha dormido su sueño de siglos este desafortunado ejército de arcilla. Dispuesta en posición de combate, la formación se abre con la infantería ligera, seguida de un cuerpo de lanceros con coraza y de un cuerpo de caballería, flanqueados todos por una hueste de arqueros, algunos en posición de rodilla en tierra, mientras en retaguardia los componentes del estado mayor planean la batalla. Las figuras, de casi 1,80 de alto, sorprenden sobre todo por el tratamiento individualizado de las manos y de los rostros, donde se perciben los rasgos y las expresiones de las distintas etnias del Imperio.

Obsesionado por la inmortalidad —cuyo elixir buscó en remotas tierras alejadas de la capital de su Imperio—, Shi Huangdi trató de conseguirla también mediante la elaborada construcción de

este monumental enterramiento que día a día, a medida que avanzan las excavaciones, sigue revelando nuevos secretos, aunque el interior de la propia tumba del emperador, señalada por una colina artificial, siguiendo el expreso deseo del gobernante, todavía constituya un enigma que los arqueólogos habrán de desvelar sin duda en un futuro próximo. Así será posible comprobar el grado de veracidad de la descripción de Sima Qian, el gran historiador de la dinastía Han, que ha hablado del diseño de un microcosmos donde una bóveda celestial de estrellas de aljófar ampararía un vasto territorio surcado de ríos de plata y azogue, concebido como último reino del primer emperador.

El emperador no enterró sólo a sus soldados de terracota, sino también a algunos de sus servidores de carne y hueso, entre ellos a algunos de los más de setecientos mil trabajadores que habían intervenido en las obras del mausoleo, que estuvo protegido de la codicia de los saqueadores por una serie de armas secretas, como los fosos laterales o las baterías de ballestas prestas a dispararse automáticamente. Sin embargo, si la ciudad subterránea ha llegado prácticamente intacta hasta nosotros, la obra política y militar de Shi Huangdi no sobreviviría a su muerte, en 210 a.C.

### Herencia minada

El primer emperador legó a su sucesor un reino con todas sus bases minadas. El colosal esfuerzo para defender unas fronteras dilatadas sobrehumanamente, la deportación de la aristocracia de viejo cuño, la actuación represiva contra los disidentes y la carga soportada por las clases populares a causa de la inmoderada política constructiva provocaron una marea de descontento, que se desbordó tras la muerte del mandatario.

Su hijo menor, el segundo emperador, Ershi Huangdi, tuvo que hacer frente desde 209 a.C. a diversas sublevaciones populares, a las que pronto se sumaron las revueltas de los representantes de la antigua nobleza. Liu Bang presenta batalla al emperador Qin en el valle del río Wei en 206 a.C., fecha tradicionalmente considerada como la de fundación del Imperio Han. Su victoria le permite proseguir la conquista de todo el territorio, eliminar a su rival en 202 a.C. y proclamarse primer titular de la nueva dinastía



imperial, fijando su capital en la ciudad de Chang'an, la actual Xi'an.

A pesar de este desastroso final del Imperio Qin, Shi Huangdi dejó una huella indeleble tanto entre sus coetáneos como entre las generaciones posterior-

Kaige) nos han ofrecido sendas producciones cinematográficas de gran formato sobre el mismo personaje: *La sombra del emperador* (que narra las supuestas relaciones de Shihuangdi con el músico Gao Jianli) y *El emperador y el asesino*

## El legendario Imperio de Shi Huangdi dejó una huella indeleble, de la que se han hecho eco el cine y literatos entre los que se cuenta Borges

res, hasta nuestros días. Aún antes de saber del descubrimiento del yacimiento arqueológico de Xi'an, Jorge Luis Borges (*Otras inquisiciones*), había quedado impresionado por las dos "vastas operaciones" de aquel soberano: "Leí días pasados que el hombre que ordenó la edificación de la casi infinita muralla china fue aquel primer Emperador, Shih Huang Ti, que asimismo dispuso que se quemaran todos los libros anteriores a él". Del mismo modo, Jean Lévi escribió toda una novela (*El Gran Emperador y sus autómatas*) sobre la relación del monarca con los autómatas, a fin de ilustrar sus reflexiones sobre el poder absoluto. Y hace poco, dos excelentes directores chinos (Zhou Xiaowen y Chen

(que relata el hecho histórico de la conspiración y muerte de Jing Ke, en 227 a.C.), lo que da ocasión para ofrecer una imagen de la componente represiva y belicista de su reinado.

De este modo, por los caracteres excepcionales que presentan su figura y su actuación, Shi Huangdi ha pasado de ser solamente un objeto de la investigación histórica y arqueológica a convertirse en un tema de inspiración para los cultivadores de la literatura y el arte. Una demostración más de la fascinación que ejerce todo aquello que, como en este caso, parece exceder la humana medida. ■

CARLOS MARTÍNEZ SHAW  
Catedrático de Historia Moderna, UNED